

Erasmus de Rotterdam

Ciceroniano, o del mejor estilo de oratoria

Ed. De Fernando Romo Feito,

Madrid: Cátedra, 2011 (En prensa).

Texto de muestra. Proyecto Erasmus Hispanicus

www.erasmushispanicus.org

© Fernando Romo Feito, Editorial Cátedra.

DESIDERIO ERASMO de ROTTERDAM AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR JOHANN VON VLATTEN¹, SALUD

Es arduo sobremanera y perfectamente digno de un rey, señor ilustrísimo, velar por la república con prudentes y leales consejos, notando lo cual seguramente Homero llama *bouléforos*² a aquél en cuyas manos está el poder; y ningún otro mortal rinde mejor servicio a ciudades y regiones, no sólo sin duda en cualquier época sino muy particularmente en este siglo, en el que no sé con qué fatal tumulto está todo vuelto del revés, bien atiendas a la situación de la religión cristiana, bien examines el estado de los monarcas y de la política, bien te fijas en el programa de los estudios literarios, de tal modo perturbados todos que en ningún otro tiempo se habrá celebrado con más verdad aquel dicho griego de que *hieròn he boulé*³.

Verdaderamente parecería tal vez inmoral o incluso impío interpelarte cuando te dedicas a esta hermosísima ocupación con la mayor lealtad, con admirable vigilancia y con destreza equivalente, pero, puesto que juzgo que no sin motivo prescribe Flaco «mezcla a la sabiduría un poco de locura»⁴, he aquí presente ante ti un librito de Erasmo, el cual con sus bromas te distraerá por algún tiempo el espíritu de las graves y severas ocupaciones. Aunque estas bromas son de ese género que, como dijo el mismo Flaco, «conlleven cosas serias»⁵: y tanto distan de no afectar en nada a la república que también a ti te miran, que te has encargado de la dirección de las escuelas en Aquisgrán.

Pues sucede, en parte por la dejadez de muchos, en parte por las malas costumbres, que las buenas letras⁶, que bastante felizmente habían empezado a florecer, ya por todas

¹ Johann von Vlaten, clérigo culto de familia noble, nacido a fines del s. XV y muerto en 1562, que se encargó de los estudios humanísticos en Aquisgrán entre 1517 y 1536. Su amistad y admiración hacia Erasmo se prolongó desde 1520 hasta su muerte (Gámbaro).

² Término homérico (*Ilíada* I, 44; II, 24; V, 180, 633 y otros) con el valor de ‘el que da consejo’, ‘consejero’ (Gámbaro).

³ ‘Sagrada cosa es el consejo’: adagio griego que Erasmo comentó en su propia colección, 2.1.47 (Gámbaro).

⁴ Cita de las *Odas* de Quinto Horacio Flaco (*Carmina* IV, 12, 27) (Gámbaro).

⁵ De nuevo Horacio, pero esta vez del *Arte poética*, 451-452 (Gámbaro).

⁶ Aunque lo habitual es ‘bellas letras’ (así traduce Gámbaro), la expresión latina es *bonae litterae*. La diferencia de ‘buenas’ a ‘bellas’, término este último no anterior al abate Batteux (*Les Beaux Arts réduits à un même principe*, 1746), denota una teorización y autonomía de la conciencia estética no anterior al s.

partes se inclinan a la destrucción⁷, y por si esto fuera poco, han surgido recientemente quienes se ocupan en traernos como una nueva secta: ciceronianos se llaman, que rechazan con intolerable fruncir de cejas los escritos de todos los que no reproducen los rasgos estilísticos de Cicerón; y empujan a la juventud apartada de la lectura de los demás escritores a la emulación supersticiosa de sólo M. Tulio, cuando nadie reproduce menos a Cicerón que los mismos que se venden molestísimamente con el humo de este título y se jactan.

Mas ¡cuánta ruina para los estudios si se fuera persuadido de que no se había de leer ni imitar a nadie excepto a Marco Tulio! Y se olfatea otra cosa más bajo el pretexto de este nombre, que sin dudar nos volvamos en lugar de cristianos paganos, cuando yo nada juzgo que haya que hacer antes sino que las buenas letras proclamen la gloria de Cristo Señor y Dios nuestro con esa abundancia de discurso, esplendor y brillo con el que Marco Tulio acostumbró hablar de las cosas profanas. Y noto a algunos jóvenes que Italia nos envía, especialmente Roma, algo afectados por este sentimiento.

Y así me ha parecido que haría algo no inútil a la religión y provechoso a los estudios de la juventud, si diera un opúsculo a este asunto, no para apartar a los candidatos a la elocuencia de la imitación de Cicerón —¿qué más insensato?—, sino para mostrar cómo puede hacerse que expresemos verdaderamente a Cicerón y conjugemos la suma elocuencia de aquel varón con la piedad cristiana. Tratamos este asunto en forma de diálogo, para que a un tiempo fuese menos tedioso a los lectores y se deslizase la cosa más fácilmente en los sentimientos de los jóvenes. Sigue bien.

En Basilea, a 14 de febrero de 1528.

XVIII, mientras que 'buenas artes' implica la resonancia moral y cívica característica de los estudios humanísticos. Es ilustrativo «Il moderno sistema delle arti», cuya primera versión data de 1951 (*Journal of the History of Ideas*, XII, 1951, 4, pp. 496-527, y XIII, 1952, 1, pp. 17-46), pero republicado como cap. IX en Kristeller, Paul Oskar, *Il pensiero e le arti nel Rinascimento*, cit.

⁷ Erasmo atribuía esta ruina, según Gámbaro (p. 6, n. 4), a la extensión de la Reforma luterana. Aduce para ello la carta a Willibald Pirckheimer de abril de 1528 (ed. Allen, VII, p. 366). Sin embargo, los *Rhetorices Elementa* de Felipe Melanchthon, «educador de Germania», con una última edición en Lyon en 1541, pero con ediciones anteriores, defenderían la imitación ciceroniana moderada como ideal de estilo.

DIÁLOGO DE DESIDERIO ERASMO ROTERODAMO
CUYO TÍTULO ES *EL CICERONIANO O DEL MEJOR
ESTILO DE ORATORIA*

Personajes:
Buléforo, Hypólogo, y Nosópono⁸

Buléforo.— ¿A quién veo allá lejos, paseando al extremo del pórtico? Si no me falla la vista es Nosópono, antiguo camarada y *suntrophós*⁹.

Hypólogo.— ¿No será aquel Nosópono, antaño el más bromista de los compañeros de diversiones, rubito, gordezuelo, desbordante de gracias elegantes?

Buléforo.— Él mismo.

Hypólogo.— ¿De dónde sale esta nueva apariencia? Parece más un fantasma que un hombre. ¿Se ha apoderado de él alguna enfermedad?

Buléforo.— Una gravísima.

Hypólogo.— ¿Cuál, cielo santo? ¿La hidropesía?

Buléforo.— Está más honda que en la piel.

Hypólogo.— ¿Acaso este nuevo género de lepra que el vulgo suaviza hoy con el nombre de sarna?

Buléforo.— Lo sufre más hondo que ésta.

Hypólogo.— ¿Tal vez la tisis pulmonar?

Buléforo.— El mal se le ha fijado más profundo que en el pulmón.

Hypólogo.— ¿Acaso la consunción o la ictericia?

Buléforo.— Es una cosa más honda que la bilis.

Hypólogo.— ¿Tal vez una fiebre que ataca las venas y el corazón?

Buléforo.— Es una fiebre y no es una fiebre, una cosa que arde más adentro que si una fiebre atacase las venas y el corazón, que avanza desde los más íntimos repliegues del espíritu que hay en el cerebro. Pero deja de adivinar en vano, es un nuevo género de mal.

⁸ En griego, Buléforo: ‘portador de consejo’; Hypólogo: ‘el que habla o discurre a veces’; Nosópono: ‘atormentado por el dolor, por la enfermedad’. Para Nosópono, muy probable trasunto de Christophe de Longueil, véase nuestra introducción.

⁹ Erasmo emplea por ‘compañero de estudios’ el griego *suntrophós*: ‘el que se ha alimentado junto con nosotros, esto es, el que se ha educado con nosotros’.

Hypólogo.—¿Entonces todavía no tiene nombre?

Buléforo.— Entre los latinos no, los griegos lo llaman *zelodulia*¹⁰.

Hypólogo.— ¿Sucede hace poco o es mal *crónico*?

Buléforo.— Hace más de siete años que tiene a este pobre. Pero, ay, nos ha visto. Parece que se dirija hacia aquí, mejor conocerás el mal por él mismo. Al principio haré de Davo¹¹, tú preocúpate de seguirme la corriente y hacer tu papel en la comedia.

Hypólogo.— Lo haría a conciencia, si supiera lo que esperas de mí.

Buléforo.— Deseo mucho liberar a un querido y viejo amigo de un mal tan grande.

Hypólogo.— ¿Es que también entiendes de medicina?

Buléforo.— Sabes que hay un género de demencia que no priva de la mente entera, sino que afecta sólo a una parte del espíritu, pero de modo impresionante, como ocurre a quienes se ven llevando cuernos en cabeza taurina, o cargados de larguísima nariz, o llevando una cabeza enorme, y esa de arcilla, apoyada en un cuello pequeño, a punto de hacerse pedazos si se movieran sólo un poquito; algunos hay que, porque se creen muertos, se horrorizan del encuentro con los vivos.

Hypólogo.— Deja, conozco ese género de enfermedad.

Buléforo.— Para tratarla no hay mejor camino que simular que la misma enfermedad te posee.

Hypólogo.— Eso he oído frecuentemente.

Buléforo.— Eso se hará ahora.

Hypólogo.— De esta comedia no sólo seré espectador, pero incluso ayudaré de buen grado. Pues quiero bien al hombre, como al que más.

Buléforo.— Entonces compón el gesto y asume el personaje, que no se huelga él que la cosa está preparada.

Hypólogo.— Se hará.

Buléforo.— A Nosópono mis mejores deseos de salud.

Hypólogo.— También Hypólogo dice salud a Nosópono.

Nosópono.— A mi vez, no lo dudéis, ruego lo mismo para ambos dos. Pero ojalá tuviera lo que me deseáis.

Buléforo.— No te faltaría, si estuviera en nuestra mano dar tanto como desear. Pero, te lo ruego, ¿qué mal tienes? Pues esa cara y delgadez¹² no sé qué prometen de malo. Parece que es un mal del hígado.

¹⁰ 'Servilismo ardiente'.

¹¹ Criado del joven Pánfilo en la *Andria* de Terencio (v. 735 ss) que secunda inteligentemente los amores de su amo (Gámbaro).

Nosópono.— Más bien del corazón, mi buen amigo.

Hypólogo.— ¡Qué dices! Si verdaderamente hablas de un mal irremediable.

Buléforo.— ¿No hay esperanza en los médicos?

Nosópono.— De los remedios humanos no tengo nada que esperar. Necesito la ayuda de un dios.

Buléforo.— Hablas de una enfermedad terrible. ¿Pero, en fin, de qué dios?

Nosópono.— Es la diosa a la que los griegos llaman *Peithó*¹³.

Buléforo.— He conocido a la diosa domadora de almas.

Nosópono.— Perezco de amor por ella, moriré si no la poseo.

Buléforo.— No me admiro, Nosópono, si te estás consumiendo. He conocido qué cosa violenta es Cupido, y qué es estar *ninfoleptós*¹⁴. Pero, ¿cuánto hace que se ha apoderado de ti el amor?

Nosópono.— Hace casi diez años que hago rodar esta piedra, sin éxito hasta ahora¹⁵. Y así es seguro que, o muero en el empeño, o consigo finalmente lo que amo.

Buléforo.— Hablas de un amor tan tenaz como desgraciado, que en tantos años ni has logrado escaparte ni conseguido la posesión de lo que apasionadamente amas.

Hypólogo.— Quizá le atormenta más la posesión de su ninfa que la carencia.

Nosópono.— Más bien por la carencia me atormento, infeliz.

Buléforo.— ¿Cómo es posible, cuando hasta ahora de tal manera superaste tú solo a todos en la facultad oratoria, que muchos proclamaron de ti lo que en otro tiempo se dijo de Pericles, «que *Suadela* tenía su asiento en tus labios»¹⁶.

Nosópono.— Para decirlo en pocas palabras, me apesta toda elocuencia excepto la ciceroniana. Ésta es la ninfa por cuyo amor me derrito.

Buléforo.— Ahora comprendo tu sentimiento. Persigues aquel brillante y amable sobrenombre de ciceroniano.

Nosópono.— Hasta tal punto que, si no lo consiguiera, me parecería amarga la vida.

¹² *Ista facies et macies*: similitudencia intraducible.

¹³ Primera persona del griego ‘persuadir’, nombre de la divinización de la retórica, en latín *Suadela*.

¹⁴ ‘Poseído por las ninfas’, esto es: ‘perdidamente enamorado’.

¹⁵ Terencio, *Eunuco* 1085. Erasmo, *Adagios* II, 3, 40. Alusión al mito de Sísifo, que empujaba una roca hacia la cima de una montaña y, a punto de alcanzarla, la roca rodaba al pie y vuelta a empezar. Subraya irónicamente la inutilidad de los esfuerzos del ciceroniano.

¹⁶ Cicerón, *Bruto* 59, (Quintiliano, *Institutio oratoria*, X, 1, 82). Cicerón había escrito: «Diosa que Eupolis escribió que había habitado en los labios de Pericles» (Gambaro, Payr, quien recuerda que no hay que pensar en el ateniense sino en un poeta de la Comedia Antigua).

Buléforo.– En adelante dejo de admirarme. Pues has lanzado el espíritu a una cosa, de todas, la más bella, pero demasiada verdad es [100] lo que suele decirse: *dúskola tà kalá*¹⁷. Ya me sumo a tus deseos, si acaso un dios nos mira propicio.

Nosópono.– ¿Cómo?

Buléforo.– Te lo diré, si puedes soportar un rival.

Nosópono.– ¿Qué quieres decir?

Buléforo.– De esa misma ninfa me tortura el amor.

Nosópono.– ¿Qué oigo? ¿te tiene el mismo cuidado?

Buléforo.– Como al que más, y cada día crecen las llamas.

Nosópono.– Por ese motivo sin duda me eres más querido, Buléforo, como a quien hasta aquí he estimado sobre todo, ahora además empiezo a amarte, desde que coinciden las almas.

Buléforo.– ¿Quizá no querría que te aligerasen de esa enfermedad, si alguien te prometiera ayuda con hierbas, gemas, o encantamientos?

Nosópono.– Eso sería matarme, no curarme. O morir o poseer, no hay término medio.

Buléforo.– ¡Qué fácilmente adivinaba tu pasión a partir de la mía!

Nosópono.– Y así nada he de esconderte, como iniciado en los mismos misterios.

Buléforo.– No dudes que puedes hacerlo sin cuidado, Nosópono.

Nosópono.– No sólo me atrae el brillo del bellissimo sobrenombre, sino también el desvergonzado insulto de algunos italianos, que aunque no aprueban en absoluto ningún otro estilo a excepción del ciceroniano, y consideran la mayor infamia que cualquiera niegue ser ciceroniano, sin embargo se jactan de que el honor de ese sobrenombre no ha convenido desde la fundación del orbe a ningún cisalpino¹⁸, excepto únicamente a Cristophe von Longueil, que hace poco salió de entre los vivos. Del que, para que no parezca que estoy celoso de sus alabanzas, me atrevería a proclamar lo que de Calvo escribió Quintiliano: «Le hizo injuria una muerte apresurada»¹⁹.

Hypólogo.– Más aún, no tanto a él como a los mejores estudios hizo injuria la muerte precipitada de Longueil. Pues ¿qué no hubiese podido darnos en buenas letras, si los dioses hubiesen añadido un justo espacio de vida a tal ingenio, a tal aplicación?

¹⁷ 'Difícil es lo hermoso'. Platón, *Hipias mayor* 304c; Erasmo, *Adagios* II, 1, 12 (Payr).

¹⁸ Es decir, a ninguno de más acá de los Alpes, a ningún no italiano.

¹⁹ Quintiliano, *Institutio oratoria* X, 1, 115. Christophe de Longueil (1488-1522), latinizado Longolio, muerto muy joven en Padua (véase sobre él nuestra introducción).

Buléforo.— Pero, ¿qué impide que lo que se ha dado a uno solo, con la ayuda de las Musas, corresponda a muchos?

Nosópono.— Él ha muerto en esta bellísima empresa, feliz a mi juicio. Pues ¿qué más bello, más grande, más magnífico que ser llamado ciceroniano un cisalpino con los votos de los italianos?²⁰ Juzgo que hay que alegrarse de su felicidad por haber desaparecido en su momento, antes que alguna nubecilla ofuscara esta gloria a causa del estudio de las letras griegas, a las cuales había empezado a dedicarse, o bien de alguna niebla surgida de los autores cristianos, de los que quizá no se hubiese abstenido con suficiente constancia, si le hubiera correspondido una vida más larga.

Buléforo.— Así es, como dices, se ha dado a aquél morir por una bellísima empresa. Pero espero que sea posible que sobrevivamos todavía a esta bellísima empresa, no que muramos.

Nosópono.— ¡Qué de acuerdo estoy con tus deseos! Perezca si no prefiero eso a contarme en el número de las divinidades.

Buléforo.— Pues ¿quién no preferiría ser celebrado por la posterioridad más como ciceroniano que como santo? Pero, ya que este género de amor no conoce los celos, te conjuro por los cuidados y por la esperanza a mí y a ti comunes, que con un amante como tú compartas al menos tu plan, con qué métodos cortejas a tu amiga. Quizá llegaremos antes ambos si nos ayudamos el uno al otro.

Nosópono.— Las Musas desconocen la hostilidad, mucho menos las Gracias, compañeras de las Musas: a un colega de estudios no hay que negarle nada y es preciso que sea común todo entre amigos²¹.

Buléforo.— Me harás feliz del todo, si haces eso.

Hypólogo.— ¿Qué tal si a mí también me admitís en vuestra sociedad? Pues ya hace tiempo que me atormenta el mismo furor.

Nosópono.— Te admitimos. Con que, como a los iniciados en el mismo dios, te desvelaré los misterios. Hace ya siete años enteros que no toco más libros que los de Cicerón, absteniéndome de los demás con no menor escrúpulo que los cartujos de la carne.

Buléforo.— ¿Por qué eso?

Nosópono.— Para que no se me pegue alguna frase ajena de cualquier parte, que salpique como una mancha el esplendor del estilo ciceroniano. Por eso, para no pecar de

²⁰ Las ediciones antiguas atribuyen a Buléforo las palabras a partir de «juzgo» hasta el final de la réplica, lo que refleja Gambaro en la suya (p. 20). Sin embargo, resulta coherente que sea Nosópono quien ve una fuente posible de corrupción en las letras cristianas. Así en la edición de Payr, que en este caso seguimos (p. 12).

²¹ Erasmo, *Adagios* I, 1, 1, p. 358 ss (Payr).

imprudente, he apartado de la vista cualquiera de los demás códices, encerrados en las librerías²², para que en adelante no haya lugar alguno en mi biblioteca excepto para sólo Cicerón.

Buléforo.— Negligente de mí, que nunca he cultivado a Cicerón con tan gran celo.

Nosópono.— No sólo en la capilla y el estudio²³, sino incluso en todas las puertas tengo bellamente pintada su imagen y la llevo conmigo a todas partes grabada en piedras preciosas, para que siempre esté presente al espíritu. Y no se me aparece otra imagen en sueños que la de Cicerón.

Buléforo.— No me extraña.

Hypólogo.— He dado a Cicerón un puesto en mi calendario entre los apóstoles.

Buléforo.— No me extraña nada, pues en otro tiempo le llamaban dios de la elocuencia²⁴.

Nosópono.— Así que leo y releo sus escritos con tal asiduidad que he llegado a aprendérmelo de memoria casi entero.

Buléforo.— Me hablas de tu aplicación.

Nosópono.— Ahora me preparo a imitarlo.

Buléforo.— ¿Cuánto tiempo has destinado a esto?

Nosópono.— Tanto cuanto a la lectura.

Buléforo.— Es poco para empresa tan ardua. Ojalá incluso a los setenta años me correspondiese la gloria de tan brillante nombre.

Nosópono.— Pero espera, no me fío de esta diligencia. No hay la más mínima palabra de todos los libros del divino varón que haya dejado de clasificar en un léxico alfabético.

Buléforo.— Necesariamente será un volumen enorme.

Nosópono.— Dos robustos portadores bien entrenados a duras penas lo llevarán a la espalda.

[200] Buléforo.— ¿Cómo? Los he visto en París que bastarían para transportar un elefante.

²² En rigor, *scrinium* es la caja o cofre en que se guardaban libros o papeles. De ahí, ‘archivo’ y también ‘librería’ o ‘biblioteca’.

²³ Las palabras originales son ‘larario’ y ‘museo’. Nosópono lo paganiza todo. Si los Lares eran las divinidades domésticas, que se guardaban en un altar en el *atrium* de la casa, su equivalente cristiano será la capilla u oratorio de las grandes casas del Renacimiento. De modo semejante, si el Museo es el lugar consagrado a las Musas, su equivalente será el estudio o la biblioteca.

²⁴ Valla, *Antidotum in Poggio I* (ed. Basil. 1540, p. 260) (Payr). Puede verse ahora en español: *Apólogo contra Poggio Bracciolini (1452); Poggio Bracciolini: Quinta invectiva contra Lorenzo Valla (1453)*, (estudio y edición crítica con traducción de Virginia Bonmatí Sánchez), Universidad de León, 2006.

Nosópono.— Pero hay otro volumen, todavía más grande, en el que he anotado en orden alfabético las formulas características del habla de nuestro Tulio.

Buléforo.— Ahora me avergüenzo al fin de mi indolencia inicial.

Nosópono.— He añadido un tercero.

Buléforo.— ¿Cómo? ¿Hay incluso un tercero?

Nosópono.— Es necesario que sea así. En éste he reunido todos los pies con que Cicerón empieza o acaba los incisos, los miembros, los períodos, las cadencias con que organiza el medio de éstos, también con qué contenidos ajusta qué ritmo²⁵, de modo que nada pueda escaparse por pequeño que sea.

²⁵ Problema central para el orador era conseguir un discurso rítmico. Frente a la *oratio perpetua*, paratáctica, la escritura por períodos estaba estructurada en períodos que se dividían en miembros (*cola*), e incisos (*comma*) más breves, y que buscaban redondear el sentido de forma en cierto modo circular (Lausberg, §§923-940). El orador había de conseguir una *oratio numerosa*, esto es, rítmica, a medio camino entre la irregularidad y el metro regular propio del verso (Lausberg §§980-981); para ello, al final de cada período (*clausula*) se admitían algunos pies métricos (secuencias de largas y breves) pero se excluían otros. De la parte central del período se excluirá igualmente cualquier cadencia que se acerque demasiado al verso.